



VIII

Santa Rosa de Lima

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de Santa Teresa, con motivo de la colocación de la primera piedra de un hospicio para niñas pobres, el día 30 de Agosto de 1868.

*Revertere Virgo Israel, revertere ad civitates tua istas.
Vuelve oh Virgen de Israel
vuelve á tus ciudades. Jeremías
cap. 31 v. 21.*

Illmo. señor (1), señores:

La inmortalidad es el privilegio exclusivo de los Santos. Participantes por la gracia de la inefable grandeza de su autor, imprimen á sus obras y á su nombre el sello de la eternidad. No importa que las generaciones humanas se empujen al sepulcro unas en pos de otras; no importa que los siglos se pierdan confusamente en el abismo del pasado; las nuevas generaciones y los nuevos siglos bendecirán siempre la memoria de los Santos. Así ha sucedido á la ínclita Virgen Peruana, Rosa de Santa María. Trescientos años nos apartan de ella, y sin embargo, su heroísmo será siempre fuente inextinguible de grandes inspiraciones; su grandeza, argumento siempre nuevo para los más penetrantes ingenios; su protección, escudo de po-

(1) El Illmo. y Rvmo. señor doctor don Manuel Teodoro del Valle, dignísimo Obispo de Huánuco.

derosa defensa; su nombre, precioso ornamento de las instituciones grandes. Así lo ha comprendido la muy ilustre Sociedad de Beneficencia, al resolver que la primera piedra de un hospicio para niñas pobres, fuera colocada hoy, día de la festividad de nuestra gloriosa Patrona, y que dicho hospicio fuera enaltecido con su santo nombre. Aplaudo, señores, este grande y feliz pensamiento; no me apartaré de él en el desarrollo de mi discurso, manifestandoos los valiosos tesoros que oculta su querido nombre y la singular eficacia de su poderosa protección. Así comprenderéis la importancia de la devoción á Rosa de Santa María, como igualmente todo el sentido y todo el mérito de esta oración: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS.

Acudamos al trono de la gracia, por la mediación de María.

PUNTO PRIMERO

Dios ha solido cambiar el nombre de sus más ilustres siervos, cuando les ha señalado una gran misión, en este valle de lágrimas. Así trocó el nombre de Abran en el de Abraham, el de Jacob en el de Israel, el de Simón en Cefas y el de Saulo en Pablo; y renovando el prodigio en nuestra heroína, mudó su nombre de Isabel, en el de Rosa de Santa María.

Os referiré brevemente la historia del portento.

Dormía la bendita niña el sueño de la inocencia, cuando, súbitamente, apareció su rostro, cercado de resplandores celestiales, ostentando el fresco colorido de una rosa, sin perder nada de sus lineamentos naturales. María de Oliva, testigo del prodigio, confirmó, desde aquel día, á su hija con el nombre de Rosa. Seis años más tarde, como quisiese esta explorar si podía mezclarse la vanidad en conservar un nombre, que tan bien significaba su gracia y hermosura, hizo oración

á Dios, sobre este punto, y le fue enseñado, con interior ilustración, que en adelante debía llamarse Rosa de Santa María. De esta manera, la humilde Virgen, que rehusaba el nombre de Rosa, mereció realzarlo con el de María, llevándolos, en adelante, con seguridad y alegría, como confirmada en ellos, por orden expresa del cielo.

Procuremos penetrar ahora, en las sombras mismas de este misterio, los designios del Señor.

Sólo Dios puede imponer á las cosas nombres adecuados; porque solo su infinita sabiduría puede conocer la exacta proporción que debe haber entre un nombre y la naturaleza del objeto que debe significar. Esto supuesto, tratemos de descubrir la relación de conformidad entre el nombre de nuestra Santa y sus excelentes virtudes. Leyendo con atención la historia de su preciosa vida, se la encuentra perfectamente simbolizada por una rosa delicada, cultivada por María en los jardines del esposo, encendida en llamas de caridad, cercada con las espinas de la penitencia y que exhala de su seno el suavísimo aroma de una pureza inmaculada. Así, señores, el nombre de Rosa de Santa María encierra, por sí sólo, un gran misterio de la predilección de Dios hacia esta purísima Virgen; y si el nombre de los Santos brilla esplendorosamente con los fulgores de su santidad y es para nosotros siempre que lo invocamos, un escudo de defensa, una prenda de consuelo, ¡qué podremos decir del nombre de Rosa de Santa María escrito, desde toda la eternidad, con la sangre del Cordero en el libro de la vida é impuesto después á nuestra heroína, entre místicos coloquios de amor! No es exagerado por tanto afirmar, que el sólo nombre de Rosa de Santa María es un tesoro valiosísimo, puesto que simboliza adecuadamente una santa y preciosa vida, enaltecida por la caridad, mortificada por la penitencia, y levantada hasta el trono mis-

mo del Señor por una pureza intachable é inmaculada. Y si es tan glorioso el nombre de nuestra ilustre Virgen, ¿no es verdad que irradiará su gloria y su esplendor sobre las instituciones que buscan en él un sello de grandeza y de inmortalidad? Sí, señores, por eso me felicito de que se escriba este santo y bendito nombre en el frontispicio de una Casa de Beneficencia pública; y al considerar que está destinada á guardar en su seno al más delicado de los sexos, á la más peligrosa de las edades y á la más exquisita de las virtudes, mi corazón se regocija de una manera especial, contemplando á un ejército de vírgenes, que cultivan en su corazón el aroma purísimo de la inocencia, para recrear con él á su purísimo celestial esposo; me complazco, señores, viéndolo capitaneado por Rosa de Santa María, cubierto con su nombre y escudado con su protección; y me parece descubrir un florido verjel de esquisitas y aromáticas flores que serán émulas de la Rosa de Lima, en la frescura, en el colorido y en el aroma.

Mas, si el nombre de Rosa de Santa María es grande en los fastos de la santidad, es también, señores, una de las más puras glorias de la Nación. Inmortales hacen sus nombres, legándolos á la posteridad, esculpidos en el mármol y en el bronce, el guerrero con sus proezas militares, el conquistador con sus valientes conquistas, el genio del mar con sus atrevidas exploraciones, el hombre de estado con la sabiduría de sus consejos y todos los grandes hombres que merecen un puesto en la historia de los pueblos y en la memoria de sus hijos. Y si bastan para hacer glorioso un nombre esas hazañas y esas empresas, siempre precederá por lo que tienen de humanas ¿cuánto no será glorioso el nombre de una tierna y delicada Virgen, que peleó en recia y esforzada batalla contra poderosos enemigos acostumbrados á alcanzar victoria de los humanos corazones,

que conquistó á viva fuerza y en valeroso asalto, el reino de los cielos y que supo navegar entre los escollos y borrascas de un mar agitado y tempestuoso? ¡Ah, señores! Bien hace la Patria en enorgullecerse con el nombre ilustre de sus hijos; pero si busca en el numeroso catálogo de sus grandes hombres gloria sin sombras, honra sin manilla, no las encontrará sino en el esclarecido nombre de Rosa de Santa María; y bajo de este respecto, también tengo por que felicitarme de que una institución destinada á prestar al país tan eminentes servicios, se ilumine con los resplandores de esta gloria nacional.

Y aquí, señores, se me presenta la ocasión de alentar una queja formulada por el patriotismo. Hemos honrado el nombre de Rosa considerando su santidad; la Iglesia la ha inscrito en el catálogo de las Vírgenes; Lima su patria ha levantado altares en su honor; nosotros todos llevamos escrito su nombre en el corazón; pero, si la hemos honrado como á Santa, tributándole culto en el interior de nuestros templos, la Patria no ha honrado en ella á la más pura de sus glorias y á la más ilustre de sus hijas, y fuera de los monumentos alzados en su honor por las inspiraciones de la fe, nunca se ha pensado en levantar alguno, bajo las inspiraciones del patriotismo. Fuera de nuestros templos señores, el nombre de Rosa está olvidado para la Patria, no sin gran desconsuelo para el bien entendido civismo de los corazones nobles. Hoy se calmará en parte esta justa exigencia, viendo escrito ese nombre inmortal al frente de un instituto de misericordia. Y ¿no me será permitido, señores, mirar en este asilo sagrado de la virginidad, un fruto precioso de la intercesión de Rosa, como una vuelta de su espíritu, que santificó esta ciudad con su presencia? Por mi parte, señores, cuando he clamado con el corazón oprimido de angustia por las actuales calamidades de la Nación, diciendo á Rosa el hu-

milde ruego: vuélvete hacia nosotros Virgen de Israel: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS. Estas, he sentido en mi alma una grande é inefable consolación, viendo coincidir con las desgracias públicas la fundación de un asilo para la inocencia; y me ha parecido que Rosa de Santa María se dignaba mirar con ojos propicios esta su querida Patria. Y para que no dudéis de la extraordinaria eficacia de su protección, voy á trazaros un breve cuadro de sus merecimientos en la tierra. Seré breve, señores, en obsequio á la bondadosa atención que me habéis prestado.

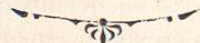
PUNTO SEGUNDO.

Rosa de Santa María es un huerto riquísimo, en que se cultivan las flores de todas las virtudes. Contemplando su hermosura, embriagándose con su aroma, es como se comprende que el celestial esposo haya dicho con verdad: que son sus delicias morar entre los hijos de los hombres. Admiraremos, señores, la immaculada pureza de esta virgen celestial, su asombrosa penitencia y el encendido fuego de su caridad; tres piedras preciosísimas que su vigilancia labró en la tierra y, hoy, esmaltan en el cielo la inmercesible corona de su gloria.

La pureza de Rosa es como la del Sol, cuando ninguna nube intercepta sus rayos. A los cinco años hace voto de virginidad perpetua, inmolando su alma y su cuerpo, en aras del amor á su único dueño y celestial esposo Jesucristo. Jamás el hálito emponzoñado del mundo pudo empañar el brillo de su inocencia; nunca las artificiosas sugestiones del demonio pudieron conmover su voluntad; ni tampoco las rebeldías de una carne corrompida y corruptora, pudieron alcanzar el más pequeño triunfo de su invicta constancia. Treinta y un a-

ños peregrinó en este infortunado destierro, siendo por su pureza émula de los mismos ángeles; pisó la tierra, sin que manchase sus pies el polvo del camino y voló al cielo, en alas de su inocencia bautismal y sin haber perdido la vestidura de la primera gracia. Mas ¿cómo conservó nuestra heroína la flor de su virginidad, entre tantos peligros de que estuvo cercada? Os responderán por mí las dolorosas espinas de su penitencia; fue asombrosa, señores, y bastara por sí sola para poner espanto en el esforzado corazón de los anacoretas del desierto. Yo no puedo hablaros de ella, sin cubrirme de vergüenza y confusión. Prolongadas vigiliass y rigurosos ayunos, sangrientas disciplinas y crueles cilicios, corona de punzantes clavos y lecho de nudosos troncos: he aquí, señores, las armas con que triunfó de sus poderosos enemigos y con que preservó de toda mancha su virginal pureza. Y si de los tormentos del cuerpo pasamos á los martirios del espíritu; ¿quién podrá contar las amargas desolaciones de su alma. cuando perdía el sabor de todos los consuelos celestiales y se anegaba en las profundidades de un mar de penas y tristeza? Indomable fortaleza la de Rosa de santa María; abrazarse de la cruz de la mortificación, entre los consuelos y las delicias con que Dios embriaga á las almas, se comprende, señores; pero marchar con pie firme, por el sendero escabroso de la penitencia, llevando á cuestas el peso de su miseria, en la espantosa aridez de un horroroso desierto, sin encontrar un árbol hospitalario para el descanso, ni una gota de agua para el refrigerio; y pasar quince años de mortales agonías en este peregrinaje doloroso, esto, señores, levanta al hombre hasta la altura más encumbrada de la santidad y hace de Rosa de Santa María una de las más heroicas vírgenes del Cordero. Con razón, codició su hermosura el Rey de los cielos, y quiso admitirla en sus bodas el esposo celestial.

Vedla: señores, ataviada está, con la vestidura de las desposadas, brilla en su dedo el anillo de su desposorio. ciñe en su cabeza la corona de las vírgenes y sostiene en su delicada mano el lirio de la pureza. Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa, la dijo Dios, prendado de su belleza angelical, en el último año de su vida; y la inocente y purísima virgen, inundada en las delicias del amor á su celestial esposo, aprestó su lámpara y la tuvo encendida para el momento de las bodas; y cuando vino el esposo á media noche, fue contada en el número de las vírgenes prudentes y admitida sin tardanza al convite nupcial del reino de los cielos. De esta manera, la caridad de Rosa, que fue el germen fecundo de todas sus virtudes, fue también la corona de recompensa de su preciosa vida. Tantos merecimientos son una prenda segura de la eficacia de su intercesión cerca de su amantísimo esposo, nuestro Dios y Señor. Con mucha razón podemos pues exclamar, postrados humildemente en presencia de su estatua. REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS. Vuelve, oh Virgen de Israel, tu rostro hacia nosotros. Envíanos en una de tus dulces miradas una bendición del cielo, aplaca con tus ruegos la justicia del Señor irritada contra nosotros, preséntale para apaciguar su enojo los instrumentos de tu penitencia: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS; acuérdate Virgen de Israel de que esta ciudad en que se meció tu cuna posee también tu glorioso sepulcro; atrae sobre ella un rocío de abundantes gracias, que haga florecer de nuevo en este suelo las preciosas virtudes que la hicieron tan noble y tan ilustre, REVERTERE VIRGO ISRAEL AD CIVITATES TUAS ISTAS; y á cada uno de los que hemos venido á honrarte, en el día de tu triunfo, alcánzanos, por la participación de tus méritos, el gozo eterno del Paraíso.



IX

San Andrés, Apóstol

Sermón panegírico pronunciado, en la capilla interior del hospital de S. Andrés, el día 30 de Noviembre de 1868.

*Mihi autem absit gloriari nisi
in cruce Domini nostri Jesu Christi.
A mi libreme Dios de gloriarme
sino en la cruz de Nuestro Señor
Jesu Cristo. Epístola de S. Pablo á
los Gálatas c. 6 v. XIV.*

Ilmo. Señor: (1)

Señores:

SI alguna vez pudieran avergonzarse los predicadores del Evangelio de su apostólico ministerio, no sería ciertamente cuando tienen que anunciar á los fieles las ignominias y los oprobios de la cruz; de esa cruz que fue escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero que debe ser, para los cristianos, según la sublime teología de San Pablo, argumento incontestable del infinito poder, y de la inefable sabiduría de Dios. Sin

(1) El Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Francisco Solano Risco, dignísimo Obispo de Chachapoyas.